

VIDA Y SERVICIOS MILITARES

DEL GUERRERO DEL PARAGUAY

Capitán de Fragata VICENTE CONSTANTINO



FALLECIDO EL 22 DE AGOSTO DE 1905

SUMARIO :

1.º *Prólogo*, 2.º *Foja de servicios*,
3.º *Recortes de Diarios*, 4.º *Memorias inéditas de la prisión en la guerra del Paraguay.*

BÜENOS AIRES

IMP. TAILHADE Y ROSSELLI, RECONQUISTA 258

1906

VIDA Y SERVICIOS MILITARES

DEL GUERRERO DEL PARAGUAY

Capitán de Fragata VICENTE CONSTANTINO



FALLECIDO EL 22 DE AGOSTO DE 1905

SUMARIO :

*1.º Prólogo, 2.º Foja de servicios,
3.º Recortes de Diarios, 4.º Me-
morias inéditas de la prisión en
la guerra del Paraguay.*

BUENOS AIRES

IMP. TAILHADE Y ROSSELLI, RECONQUISTA 258

1906

PRÓLOGO

Cumpliendo una sagrada voluntad, publicamos, al final de este folleto, los apuntes que como un triste recuerdo conservaba el Capitán de Fragata, señor Vicente Constantino, fallecido el 22 de Agosto de 1905.

Estos apuntes que con su puño y letra escribió Constantino, hace ya muchos años, son una relación, aunque pálida é incompleta, de los muchos sufrimientos que pasó durante la guerra del Paraguay, en calidad de prisionero de guerra, durante los 4 años, 4 meses y cinco días que permaneció preso bajo el despotismo del tirano López.

Muchas veces, sus hijos y también sus amigos, le incitaron á que publicara esas memorias para así dar á conocer en sus detalles, todo ó parte de lo que había sufrido durante esa guerra; pero no, Constantino, aunque con muchos méritos, siempre fué modesto y en medio de su modestia imaginaba que la publicación de esos apuntes sería un contraste con su humilde modo de pensar y que también podría facilitar la maledicencia creyéndolo tal vez deseoso de exhibiciones, un pedante, donde en realidad no existía más que, un gran hombre, sí, pero también un mártir modesto y, por consiguiente, incapaz de un acto de pedantería ni de nada que pudiera atribuírsele la mezquina idea de darse bombo ni enaltecerse á sí mismo.

Estas reflexiones fueron las que opuso siempre al insinuársele la publicación de sus memorias y las

que lo hicieron disponer que, si las creían de alguna importancia—hasta en esto era modesto—las publicaran cuando él ya no existiera, y no hubo razones que le hicieran cambiar esa determinación.

Recordamos, entre otros muchos, dos casos en que para otros espíritus más vanidosos y partidarios del halago público, hubieran sido suficientes para inducirlos á publicar sus apuntes ó cualquier cosa que pudiera darles méritos y aun solicitándolos ellos mismos: Cuando lo retiraron, el año 1902, el señor Carlos Correa Luna, de la redacción de *Caras y Caretas* fué á verlo para pedirle datos de su vida para publicarlos en esa popular revista, pero chocó con la inexorable determinación de Constantino, contestándole éste, que lo disculpara pero que se había formado el propósito de no publicar nada mientras viviera, que cuando muriese entonces se sabría su vida, si es que se creía que algo de interesante podría tener. Contestole, el señor Correa Luna, que no debía pensar así, que era necesario también en vida darse alguna satisfacción, pero Constantino no accedió. El otro caso sucedió en San Nicolás, siendo él subprefecto marítimo. A fuerza de pedidos é insistencias para que diera á la publicidad sus memorias se resolvió darlas al diario *El Norte* de esa localidad, porque así se lo habían pedido; pero, apenas empezó la publicación, empezaron también á lloverle las felicitaciones y ensalzamientos propios en esos casos, los cuales más bien que halagarlo lo fastidiaron y dió orden de suspender la publicación, quedando así en la penumbra como él deseaba, de acuerdo con su manera de pensar.

Esta fué la causa que privó durante tanto tiempo conocer una historia que tanta gloria da al que ya no existe, ¡al pobre Comandante Constantino! ¡Pobre digo, sí, porque así puede llamársele al que tantos méritos acumuló y no tuvo la suerte de ser comprendido ni valorado!

Ha sufrido como sufren los valientes, los que por

intuición persiguen un fin noble, sin pensar si esto puede perjudicarles ó no. Y Constantino persiguió el ideal de servir á su patria adoptiva; pero no para servirla con el fin de la recompensa material, sino con todo el amor, con todo el valor de un alma noble; con el arranque de esos seres sin dobleces, pasando por sobre todo, sacrificándolo todo, hasta su vida, siempre que ésto fuera en beneficio de su segunda patria, de su muy amada Argentina, como siempre él decía, de este pedazo de tierra que tanto quería, porque era á su vez patria de su esposa é hijos. Y todo esto lo decía Constantino, no por cálculo, no persiguiendo fines mezquinos, no pensando en recompensas ni rebuscando bombos ni honores, sino por intuición, debido á sus nobles sentimientos y, tal vez, también á esa fácil asimilación del italiano para con esta Nación predilecta. ¡Pobre Constantino! y vuelvo á llamarle pobre, sí, porque si toda su labor, si todos sus sacrificios, como los de otros tantos viejos servidores han podido servir para la formación de lo que hoy con tanto orgullo ostentamos y nos vanagloriamos, al ver que nuestra escuadra ó más bien dicho, nuestra nación, marcha á la cabeza de las de este continente, todo se lo debemos á ellos, sí, á ellos porque han sido los que han tenido que luchar en los rudos principios, cuando todo estaba aún en embrión, cuando todo era trabajo material, cuando ni aun se percibía el halago, como hoy, de los grandes paseos alrededor del mundo á bordo de palacios flotantes dotados del más minucioso confort. Sí, todas estas ventajas de hoy, se las debemos á esos viejos servidores y entre éstos, á los que como el Comandante Constantino no han sido comprendidos ni valorados, pues de haberlo sido así, hubieran llegado á la cumbre desde donde se domina y disfruta del resultado de los múltiples sacrificios; á esa cumbre donde, si hubiera justicia humana, deberían llegar los hombres de su talla; pero en cambio, no; se les ha relegado al olvido, se les ha arrinconado, como

algo que ya no se precisa, que más bien estorba. Esto se ha hecho con esos nobles veteranos, tronchando así la existencia de esos mártires, de esos héroes del pasado, que han pagado con sus vidas los sacrificios que la ingratitud humana no tiene en cuenta, que no sabe recompensar. Sí, con sus vidas, repito, porque Constantino ha bajado á la tumba debido á una afección que según todos los médicos que lo han asistido, tuvo su origen en los crueles sufrimientos de las prisiones del Paraguay, y si allí mismo esos padecimientos no concluyeron con su vida, como concluyó con la de todos sus compañeros de infortunio, fué debido á la Providencia, como él lo dice en sus apuntes, y también por su fuerte naturaleza; pero hoy, cuando por la fuerza de la evolución natural de los años, el organismo más acorado decae, no ha podido ya soportar más aquellos tristes recuerdos y entonces, en ese organismo minado, en esa mente lesionada, en esa mole que ya no podía aguantar más el peso de la ingratitud, se ha producido una violenta sacudida que lo ha doblado y vencido hasta llevarlo á la tumba donde yace descansando de los sufrimientos y mezquindades humanas, para remontar su alma á otras regiones donde impera la justicia y el bienestar, para los justos y los buenos como lo era nuestro inolvidable Comandante Constantino.

Constantino no ha dejado fortuna, porque no puede adquirirla el que consagra toda su vida á la carrera militar con honradez y nobleza como él lo hizo; pero sí, ha podido tenerla y grande, pues quien como él ha actuado en tiempos en que para ser rico sólo era necesario un poco de relajación moral, algo de servilismo y dejar á un lado todas las delicadezas que tanto enaltecían á Constantino; pero no! él siempre decía: quiero ser pobre pero honrado; que mi escaso sueldo apenas me alcance para vivir, pero sin que nadie pueda echarme en cara que yo haya cometido un acto de servilismo para obtener un as-

censo ú otra ventaja pecuniaria. Prefiero el olvido de mis superiores y hasta la indiferencia de los que pueden y dan algo, antes que someterme á mezquindades ni rebajarme ante nadie. Quiero poder llevar siempre mi frente alta; quiero que hasta después de muerto nadie pueda decir que hice algo que no fuera en beneficio de mi querida patria adoptiva y en el cumplimiento de mi deber; quiero en fin, que el nombre que he dado á mis hijos, quede puro y limpio, para que ellos á su vez puedan también llevar la frente alta sin temer ningún reproche á la memoria de su padre.

¡Cuánta belleza encierran estas expresiones, dichas así no más, como él sabía hacerlo, con esa sencillez y sinceridad de un alma noble!

Pues bien, Constantino se expresaba en esta forma, pero no lo decía con el énfasis del fátuo, con el énfasis del que hace algo por cálculo, ni queriendo al obrar así, hacer una cosa que le diera trabajo porque no estuviera dentro de sus costumbres; no, lo decía y lo hacía con la naturalidad del que hace algo porque se cree obligado á obrar así y que no puede hacer de otra manera porque no sabe hacerlo, y porque la fuerza de sus instintos pueden más que toda otra idea preconcebida, que no sea la del ideal de la honradez, de la nobleza y de la justicia.

Este es el emblema de los que piensan como pensaba Constantino, pero también, ¡esa es la desgracia de los que así piensan! ¡Son los vencidos de la vida!

Está probado, según varios escritores lo han demostrado, que para vencer en la lucha por la vida tiene que haber simulación, sea instintiva ó por cálculo, y el que no la tiene ó no quiere someterse á ella porque está en contradicción á sus nobles sentimientos, ¡ese sucumbe!

Constantino no fué un simulador, porque no era capaz de decir ó hacer lo que su altivo y noble instinto le rechazaba. Fué franco, noble, honrado, generoso, humilde, bueno, caballero y por eso fué un

vencido de la vida y por eso no se le tuvieron en cuenta sus méritos.

Y sino, tenemos la prueba, en que un hombre de los méritos de él, con 42 años y medio de servicios activos y constantes y con un cómputo de 52 años y medio por hechos de guerra, etc.; con una foja de servicios limpia, sin un sumario, sin una mancha en su carrera, que jamás ha faltado á sus obligaciones, que nunca ni aun con el pedido de una licencia dió tregua á sus obligaciones militares, prueba la injusticia, al haber permitido el gobierno que llegara al límite de la edad de su grado, (58 años), sin ascenderlo y obligarlo así á retirarse como algo que no sirve, como algo que ya se le ha sacado toda la sabia con que se han alimentado otros retoños, haciéndole sufrir esta otra humillación que también contribuyó á enfermarlo y á precipitar el desenlace de la enfermedad que concluyó con él.

El Comandante Constantino no debió ser retirado nunca en ese grado; á un hombre de sus méritos, con los años de servicios que tenía, y con 58 años de edad, en ninguna parte del mundo se le hubiera hecho el desaire de no ascenderlo para obligarlo así al retiro. Pues si durante 42 años y medio siempre estuvo en servicio activo y ni un día fué alejado como inservible, significa que servía, y que reunía la competencia que se requería en un militar de su talla.

Si se hubiera obrado con la justicia debida, como se debe obrar con los héroes, en lugar de impulsarlo al retiro no ascendiéndolo, se ha debido ascenderlo para conservarlo el mayor tiempo posible, pues como se verá por sus apuntes que con tanta sencillez expone, á Constantino se le podía considerar como una reliquia, pues de todos los prisioneros del Paraguay que permanecieron, como él, prisioneros durante toda la guerra, él fué el único sobreviviente; así que bien podía tenersele como una reliquia.

También se le podía considerar como un archivo,

pues debido á su permanencia de tanto tiempo en las prisiones del Paraguay, era el único indicado para suministrar datos de hechos internos, que sólo él sabía por ser el único sobreviviente. Y ya lo creo que los suministró á muchos que se lo solicitaban, pues no era un espíritu egoísta, al contrario, expansivo, con lo que resultará que varios hechos de los mencionados en sus apuntes no serán una novedad para algunos, porque como digo antes, debido á su carácter franco y servidor, durante el transcurso de tantos años habrá revelado hechos que sólo ha debido dejarlos como una novedad para sus apuntes, pero que la fuerza de su altruísmo le habrá hecho comunicar todo lo que le solicitaran con tal que de esta manera sirviera á un amigo.

Y bien, con todas estas especiales cualidades, no fué asimismo comprendido ni recompensado.

¡Pobre Constantino, descansa en paz!

Los que quedamos y que nos hacemos un honor en reconocer tus méritos no te olvidamos.

¡Que Dios premie tus actos ya que los hombres no han querido hacerlo!

Antes de empezar los apuntes mencionados anteriormente, permítaseme hacer una relación de su foja de servicios, complementada con ciertos hechos biográficos anteriores á su entrada á la Armada Argentina.

Constantino nació en la isla de la Magdalena (Italia). Por sus venas corría sangre de marinos, pues entre su familia muchos lo eran y otros lo habían sido. Desde muy niño empezó á sentir también él, que una fuerza, algo irresistible, algo que en su mente infantil todavía no podía discurrir, lo arrebatava, lo impulsaba hacia el mar, hacia esa noble carrera en

que otros de su familia habían hecho un culto; y, cuando ya se podía explicar y le preguntaban qué carrera iba á seguir, sin trepidar contestaba el pequeño Constantino: ¡marino! ¡quiero ser marino! y enseguida preguntaba al que estuviera más cerca: ¿no es cierto que es muy linda esa carrera? y á continuación exclamaba, quedándose como en un éxtasis: ¡qué bello ha de ser el mar! ¡cuándo podré lanzarme á él! ¡cuándo seré hombre! Esto lo decía Constantino cuando apenas tenía ocho ó nueve años, pero era tal el deseo en él de ser marino y embarcarse, que no esperó á ser hombre, pues á los once años de edad, junto con otros amigos mayores que él, resolvió embarcarse en un buque de guerra italiano, y no hubo consejos ni súplicas de sus padres, aunque tampoco éstos querían cortar una vocación innata en su hijo, que se desarrollaba con tanta precocidad, pero también con tanto entusiasmo. Así que consintieron y lo dejaron embarcarse aunque con cierto aire de mofa, pues suponían que pronto se cansaría y volvería á su hogar á empuñar nuevamente los juguetes propios de su edad; pero no sucedió así. Ese pequeño, esa criatura debía ser marino y marino de guerra, pues á los pocos meses de embarcado, en el año 1855, con el buque en que estaba, asistió á la guerra de Crimea, en el Oriente, contra la Rusia, actuando á la par de sus camaradas y recibiendo así el bautismo del fuego á los 11 años, es decir, á una edad donde la mayoría de los niños se ocupan en juegos infantiles y que muy lejos están de sus mentes, esos hechos gloriosos dignos de los héroes.

Concluída esa guerra, podía creerse que le hubiera servido de escarmiento y que eso mismo le hubiera hecho abandonar esa precoz fantasía; pero no! al contrario! vino con más bríos, vino hecho un hombre, lleno de entusiasmo, convertido en un guerrero, puesto que con orgullo podía gritarlo, y dispuesto á continuar y continuó embarcado, siempre en su patria,

hasta el año 1858, en que, debido tal vez á necesidad de mayor expansión ó á quien sabe que idea ó que fuerza lo arrastraba, salió de la escuadra italiana y se embarcó para estas playas, ingresando en nuestra escuadra el mismo año (1858) á la edad de 14 años.

Con tan pocos años y ya con tres años de servicios en la Escuadra Italiana y con un año de campaña de guerra internacional en el Oriente! ¡Sublime criatura! hubiéramos dicho en ese entonces, y hoy podremos decir: ¡Pobre viejo! ¡Quién le hubiera dicho el triste fin que iba á tener!

Ahora continuaré con los datos sacados de su foja de servicios, referentes á su actuación en la Escuadra Argentina.

Ingresó á la escuadra de la Provincia de Buenos Aires, en clase de Guardia marina, el año 1858.

Sirvió á las órdenes del jefe de la escuadra, coronel D. Antonio Susini, en el vapor «Guardia Nacional».

En el mismo buque y bajo las órdenes del sargento mayor D. Juan Lamberti, asistió á la guerra de Cepeda. También sirvió á las órdenes del sargento mayor D. Luis Pí.

En el año 1861, asistió á la guerra de Pavón, en el vapor «25 de Mayo», á las órdenes del capitán D. Plácido Goldriz; continuó después en el mismo buque á las órdenes del capitán D. Carlos Mazzini y asistió á la revolución del general Flores en la Banda Oriental, año 1864.

Cuando la toma del Salto Oriental, con un bote tuvo que pasar á la costa argentina á las familias y al jefe de la plaza, coronel Palomeque.

Asistió al combate y toma de Paysandú.

En el mismo año fueron á Entre Ríos á sofocar la Revolución.

Tomó parte en la revolución contra Cáceres, en Corrientes.

Fué encargado de llevar tropas á Corrientes y traer los Congressales, pasando de segundo comandante al vapor «Salto».

Concluída esta comision, que duró tres meses, pasó nuevamente al vapor «25 de Mayo» con el que se trasladó á Montevideo para entregar notas al jefe de la escuadra brasileña, almirante Fernández.

El 1.º de Abril del año 1865, salió con destino á Corrientes, siempre en el vapor «25 de Mayo», y llegaron el 11. El día 13 fué cuando cayó prisionero de los paraguayos, cuyos datos se encuentran al final, en los apuntes que motivan este folleto.

Después de haber regresado del Paraguay, fué llamado al servicio activo en Junio de 1870, y se le nombró ayudante de la sub-delegación del Tigre.

En Marzo de 1872, fué comisionado para recorrer las costas con fuerza armada.

En Noviembre del mismo año, lo nombraron Sub-delegado del Tigre.

En Enero de 1873, dejó la sub-delegación y pasó de 2.º jefe á la Boca del Riachuelo.

En Enero de 1874, fué nombrado Capitán del puerto en Gualeguaychú.

En Diciembre del mismo año, pasó á hacerse cargo de los presos políticos en el pontón «Patagones».

Enero de 1875, hizo entrega del «Patagones» y pasó de jefe de la Ayudantía General de Puertos.

Octubre del mismo año, fué elegido para desempeñar una comision de importancia en el vapor «Talita».

Febrero de 1876, fué nombrado ayudante de órdenes de la Comandancia General de Marina.

Junio del mismo año, se le comisionó para recibirse del vapor «Pavón».

En Octubre del mismo año, fué nombrado capitán del Puerto de Corrientes. Durante este período, se

le hizo pasar al Chaco para sofocar la sublevación de los indios contra los colonos.

En Octubre de 1880, fué nombrado sub-delegado en Campana.

Enero de 1881, se le nombró capitán de puerto de Santa Fe, donde permaneció 13 años, desempeñando además de los cargos pertinentes á este puesto, otros de importancia en distintas épocas.

En Mayo de 1894, fué nombrado sub-prefecto de San Nicolás; renunciando este cargo en 1896 para pasar á Buenos Aires donde desempeñó distintos cargos. Formó parte de la comisión examinadora de prácticos. Después fué nombrado jefe del Detall de Marina y ultimamente, cuando pasó al retiro, desempeñaba el cargo de Inspector de Hospitales de la Armada.

Esta es la actuación que ha tenido el capitán de fragata señor Vicente Constantino durante los 44 años y meses que ha permanecido en servicio activo y constante en la Armada Nacional, que computados con los hechos de guerra, forman un total de 52 años, 4 meses y 8 días, cantidad de años con que fué retirado por decreto del superior Gobierno en Marzo 1.º de 1902 por haber llegado al límite de la edad (58 años) que para los de su grado deben retirarse según la Ley de Retiros Militares N.º 3239.

Esta es la copia de la foja de servicios de Constantino, que está en poder del Gobierno y con la cual fué retirado. Como se habrá visto, no puede pedirse una foja más limpia é intachable, pues no solamente justifica que ha servido constantemente 42 1/2 años con el beneplácido de sus superiores, puesto que siempre fueron requeridos sus servicios, sino que no está manchado ni con sumarios y ni aun con un simple arresto, méritos estos que hacen honor no solamente á la memoria de un militar sino aun asimismo á la Armada Nacional, por haber tenido en su seno hombres de la talla de Constantino.

¡Lástima que no los hayan sabido aprovechar, dándoles el lugar que merecían por ley y derecho!

Los ascensos que ha tenido durante su larga é ingrata carrera, son los siguientes:

- En 1858, guardia marina.
- » 1862, subteniente.
- » 1864, teniente.
- » 1869, capitán.
- » 1873, mayor graduado.
- » el mismo año, mayor efectivo.
- » 1888, capitán de fragata.

UN AMIGO DE INFANCIA.

A continuación va la transcripción de los recortes de algunos de los diarios que hablaron de Constantino con motivo de su fallecimiento y enseguida las memorias inéditas que motivan este folleto, facilitadas por la familia del extinto.

Capitan de Fragata Vicente Constantino

Falleció ayer en esta capital, el capitán de fragata Vicente Constantino.

El capitán de fragata Constantino ingresó á la escuadra de la provincia de Buenos Aires, como guardiamarina, en el año 1858: Sirvió á las órdenes del jefe de aquella, coronel don Antonio Susini, á bordo del vapor «Guardia Nacional». En este mismo vapor estuvo á las órdenes del sargento mayor don Juan Lamberti, durante la batalla de Cepeda, y luego pasó al «25 de Mayo», en el cual estuvo hasta la batalla de Pavón, á la que asistió.

Tomó parte en el combate y toma de Paysandú y en la revolución contra Cáceres, en Corrientes, y en Abril de 1865 fué hecho prisionero, con todos sus compatriotas, por los paraguayos, que en número de 3.000 lo condujeron hasta Humaitá, en presencia del tirano López.

Constantino estuvo prisionero cuatro años cinco meses y venticinco días, sufriendo en todo ese tiempo padecimientos innumerables, lo mismo que sus compatriotas, á muchos de los cuales tuvo que enterrar, porque no consiguieron sobrevivir á las penurias impuestas.

En Junio de 1870, siendo capitán general de puertos el coronel Bustillos, fué llamado al servicio

activo y desempeñó el cargo de ayudante de la subdelegación del Tigre, hasta Noviembre de 1872, fecha en la que fué nombrado subdelegado de aquel sitio, en reemplazo del mayor don Eulogio Díaz.

Poco después, en Enero de 1874, fué designado capitán del puerto de Gualeguaychú, y en Febrero de 1876 fué nombrado ayudante de órdenes de la comandancia general de marina.

Después fué nombrado capitán del puerto en Corrientes y de allí recibió instrucciones para pasar al Chaco con el objeto de sofocar la sublevación de los indios contra los colonos.

En Mayo de 1894 se le nombró capitán del puerto de San Nicolás, después desempeñó el cargo de jefe del Detall y últimamente, al retirarse del servicio, ocupaba el puesto de inspector de hospitales de la armada.

LA NACIÓN (23 Agosto de 1905)

Ha dejado de existir ayer el capitán de fragata D. Vicente Constantino, italiano de nacimiento, que habiendo venido niño á la Argentina, ingresaba á los 15 años de edad en nuestra entonces embrionaria escuadra.

Corría el año 1858 y tomó parte en todos los acontecimientos de armas que se sucedieron en aquella época agitada de la organización nacional.

Se halló en Pavón, en Cepeda, en la revolución de Flores en la Banda Oriental, en la insurrección correntina, y al estallar la guerra contra el tirano del Paraguay se encontraba, en calidad de alférez, á bordo del « 25 de Mayo ».

Hecho prisionero, fué conducido á Humaitá, más tarde á Villa Franca, y siguiendo con los demás compañeros de infortunio á la vanguardia del ejército

enemigo en todos los combates, durante cuatro años y medio pasó así entre las filas paraguayas.

Teniente de fragata en 1869, fué ascendido á teniente de navio cuatro años más tarde, y en 1888 ostentaba las insignias de capitán de fragata.

Al retirarse á la pasiva, en 1902, computáronsele 52 años, 4 meses y 8 días en concepto de servicio activo. Tal es el resumen de la foja de servicios del meritorio soldado que acaba de morir.

La inhumación de sus restos se efectuará esta tarde en el cementerio del Norte.

EL DIARIO (23 Agosto de 1905)

Ha fallecido ayer el capitán de fragata don Vicente Constantino, viejo y meritorio servidor del país, que ha prestado importantes servicios en la marina argentina. Tres años ha se había retirado á la pasiva, por su avanzada edad.

Fué buen soldado y excelente jefe que gozaba del sincero aprecio y respeto de sus compañeros de armas y cuantos le conocían.

Esta tarde tendrá lugar en el cementerio del Norte el sepelio de sus restos.

EL PUEBLO (24 Agosto de 1905)

Ha causado honda impresión entre sus compañeros de armas y amigos la noticia del fallecimiento del capitán de fragata don Vicente Constantino, caballero que prestó importantes servicios en la armada nacional, á la cual ingresó á la edad de quince años, tomando parte en todos los acontecimientos de armas que se sucedieron desde 1858.

En la batalla de Pavón, en Cepeda, en la revolución de Flores, en la insurrección correntina y en la guerra con el Paraguay, el capitán Constantino dió muestra de ser un buen servidor de la patria adoptiva, pues el extinto era italiano de nacimiento.

En 1869 fué hecho teniente de fragata y en 1888 fué ascendido á capitán, retirándose á la pasiva en 1902.

Sus restos fueron inhumados ayer en el cementerio del Norte.

EL TIEMPO (23 Agosto de 1905)

En momentos de salir esta edición se inhumarán los restos del capitán de fragata, señor Vicente Constantino, en el cementerio del Norte.

Conocida es la vida militar de este marino. Nacido en Italia, pisó nuestras playas, aun muy joven, ingresando á la armada cuando apenas contaba tres lustros. Más tarde asistía á los hechos de armas de nuestra escuadra en las batallas de Pavón, Cepeda, en la Banda Oriental, en la toma de Paysandú y en la guerra del Paraguay permaneciendo prisionero en Humaitá, hasta el fin de la guerra.

En el momento de la inhumación rendiránsele los honores de ordenanza.

EL SARMIENTO (23 Agosto de 1905)

Ha fallecido ayer el capitán de fragata señor Vicente Constantino, meritorio marino de nacimiento italiano, que ingresó á nuestra armada á la edad de 15 años.

En 1902 al retirarse á la vida pasiva se le computaron 52 años de servicios activos, tomando parte

durante esos años en todos los combates que registra nuestra historia.

Esta tarde tendrá lugar en el cementerio del Norte la inhumación de sus restos.

CARAS y CARETAS (Agosto de 1905)

Ha sido profundamente lamentada la pérdida del capitán de fragata señor Vicente Constantino recientemente ocurrida. El acto del sepelio de sus restos fué una ceremonia imponente en que se pusieron de manifiesto las numerosas simpatías con que el extinto contaba entre nosotros.

EL PAÍS (23 Agosto de 1905)

En el Cementerio del Norte fueron sepultados ayer por la tarde los restos del capitán de fragata Vicente Constantino, fallecido ayer, rindiéndosele en este acto los honores correspondientes á su rango militar.

En el cementerio recordamos haber visto á los señores:

Ministro de Marina capitán de navío Juan A. Martín, vice-almirante Enrique J. Howard, doctor Alejandro E. Quiroga, doctor Jorge T. Rojo, capitán Nicolás Fernández, teniente coronel Julián Rodríguez, doctor Tomás P. Cabral, Carlos Ezeiza Gallo, Juan A. Seguí, David Marambio Catán, José A. Quintana teniente de fragata José Méndez, coronel Juan Penna, doctor Bartolomé Martínez, Matías Sturiza, Manuel M. Casadó, Ramón F. Castro, Santiago Grondona, Carlos Diehl, Mauricio Ambrosetti, doctor Félix R. Burgos, Nicolás Mociana, doctor Emilio Cardalda,

Juan T. Torrent, Pedro N. De María, Tomás R. Cullen, doctor Manuel S. Sanabria, ingeniero Ramón B. Castro, Joaquín Madariaga, Arturo Dunselman, capitán de navío Diego Laure, capitán de fragata Pedro Latorre, teniente de fragata Ramón Texidor, Roberto Almeida, teniente coronel Eduardo Massot, Juan M. Trebino, Juan Carlos Richieri, capitán de fragata Luis D. Cabral, Manuel Campos, capitán de navío Edelmiro Correa, teniente coronel Carlos Sanguinetti, mayor Mauro A. Fernández.

DIARIO ESPAÑOL (23 Agosto de 1905)

Numerosa concurrencia asistió ayer á la ceremonia del sepelio de los restos del capitán Vicente Constantino, verificado en el cementerio de la Recoleta.

Vimos entre otros representados los apellido de:

Adano, Roccatagliata, Cabral, Merlo, Riccheri, Massini, Collet, Demartini, Lezcano, Martínez, Grande Massot, Boulá, Trebino, Chavarría, Chaneton, Almeida, Torre, Muscio, Sánchez, Castello, Ezeiza, Gallo, Rivera, Federici, Spika, Villamayor, Latorre, Sanabria, Alais, Canevaro, Chaves, Picardo, Laure, Garavano, Dunselman, Howard, Roca, Madariaga, Gandulfo, Cabrera, Castro, Burzaco, Corradi, Martín, Muñoz, Viñas, Vinelli, Alvarez, Cullen, Torrent, De María, Cardalda, Cabanne, Albarracín, Burgos, Ambrosetti, Diehl, Casado, Nowa, Fernández, Núñez, Mansón, Melo, Gallo, Martínez, Salinas, Sanguinetti, Sánchez, Díaz, Correa, Campos, Iturriaga, Grondona, Penna, Díaz, Vélez, Járegui, Mendez, Massini, Quintana, Carballo, Sciarano, Ferrante, Verdaguer, Uriarte, Catán, Lartigue, Seguí, Rojo, de la Serna, Quiroga, Pagliano, Dubois.

DIARIO NUEVO (23 Agosto de 1905)

En esta capital falleció ayer el capitán de fragata Vicente Constantino, meritorio soldado que había ingresado el año 1858 en calidad de guardia marina en la escuadra de la provincia de Buenos Aires, á órdenes de cuyo jefe, coronel Antonio Susini, sirvió á bordo del «Guardia Nacional». En este mismo vapor y bajo el comando del sargento mayor don Juan Lamberti, estuvo durante la batalla de Cepeda y luego asistió á bordo del « 25 de Mayo » á la de Pavón.

Tomó parte además en el combate de Paysandú al servicio del general uruguayo Venancio Flores y en la revolución contra Cáceres, en Corrientes.

En abril de 1865 fué hecho prisionero en compañía de algunos compañeros de armas, siendo conducidos á Humaitá, sede del tirano López, quien les impuso un largo y doloroso cautiverio, que sólo resistieron Costantino y unos pocos.

El 70 fué llamado al servicio activo, siendo capitán general de puertos el coronel Bustillos, desempeñó durante dos años el cargo de ayudante de la subdelegación del Tigre, luego fué nombrado subdelegado en el mismo punto en reemplazo del mayor D. Eulogio Díaz.

Su foja de servicios registra además los siguientes datos: capitán del puerto de Gualeguaychú en 1874 ayudante de órdenes de la comandancia general de marina en Febrero de 1876, capitán de puertos en Corrientes, id en San Nicolás en Mayo de 1894, jefe del Detallé inspector de hospitales de la armada.

Al retirarse á la pasiva en 1902, computáronsele 52 años 4 meses y 8 días en concepto de servicio activo.

El extinto era de nacionalidad italiana, pero por más de un concepto, como se comprenderá fácilmente, habíase identificado con nuestro pueblo.

Su muerte ha sido muy sentida en los círculos sociales.

PATRIA DEGLI ITALIANI (23 Agosto 1905)

Con lungo corteo di amici e di commilitoni furono condotte ieri al camposanto della Recoleta i resti mortali del capitano di fregata della marina argentina Vincenzo Costantino, uno dei valorosi superstiti delle battaglie di Cepeda e Pavón e della sanguinosa campagna del Paraguay.

Vincenzo Costantino era ligure ed apparteneva a quella balda legione di patrioti che non ancora ricostituita l'Italia, esplicarono il loro senso di combattività in America, legione che ebbe nell'Argentina i suoi capostipiti in Muratore, Castello, Costantino, Trebino, Lamberti ed altri valorosi.

L'estinto prese parte a tutte le guerre che nell'Argentina si combatterono da oltre mezzo secolo e nella campagna del Paraguay, caduto prigioniero, trascinó l'esistenza per otre quattro anni fra minaccie, pericoli, disagi e penurie inenarrabili.

Nato sul mare e uomo di mare, prese servizio nella marina da guerra argentina, che allora era una marina embrionaria, e vi fece penosamente la sua carriera fino al grado di capitano di fregata. Soldato, ligio al dovere e alla disciplina, tenne sempre la spada ai servizi dell'autorità e della causa dell'ordine. Muratore, Levalle, Cerri, Olivieri, Ciarlone — tutti gli italiani che militarono nell'esercito o nell'armata della Republica — furono esempio insuperabile di devozione al principio di autorità e alla bandiera.

Vincenzo Costantino di aperto intelletto e grande coltura, fu anche per parecchi anni capitano di porto e tenne l'ufficio con probità e diligenza, meritandosi la lode dei superiori. Alla patria di adozione consacró tutte sé stesso fino alla età di oltre settant'anni, ma non dimenticó mai la bella patria d'origine.

Nella vita domestica fu ottimo sposo e padre amorevole. Ai figli lascia un largo patrimonio di virtud e un nome immacolato.

Fiori sulla sua tomba.

LA TRIBUNA (23 Agosto de 1905)

Ha causado honda impresión entre sus compañeros de armas y amigos la noticia del fallecimiento del capitán de fragata D. Vicente Constantino, caballero que prestó importantes servicios en la armada nacional, á la cual ingresó á la edad de 15 años, tomando parte en todos los acontecimientos de armas que se sucedieron desde 1858.

En la batalla de Pavón, en Cepeda, en la revolución de Flores, en la insurrección correntina y en la guerra con el Paraguay, el capitán Constantino dió muestra de ser un buen servidor de la patria adoptiva, pues el extinto era italiano de nacimiento.

En 1869 fué hecho teniente de fragata y en 1888 fué ascendido á capitán, retirándose á la pasiva en 1902.

Sus restos serán inhumados esta tarde en el cementerio del Norte.

EL CLARIN (27 Agosto de 1905)

El martes pasado bajó á la tumba nuestro capitán de fragata Vicente Constantino, marino experto, que sufrió infinidad de penurias cuando la guerra del Paraguay, siendo una de las primeras víctimas del tirano López; gracias á su carácter intrépido pudo escapar de la prisión para andar errante entre bosques, alimentándose de yerbas más de tres años, hasta que regresó á su patria.

El sepelio de sus restos dió lugar á una sentida demostración de duelo.

LA VERDAD (27 Agosto de 1905)

† VICENTE CONSTANTINO. — Ha fallecido el martes pasado después de una larga enfermedad, el capitán de fragata don Vicente Constantino, padre de nuestros amigos Vicente y Carlos.

Conocida es ya la actuación de este valiente marino en las distintas campañas en que tomó parte, distinguiéndose en la guerra del Paraguay, en la que fué hecho prisionero. Nosotros que conocemos en todos sus detalles las penurias por que pasó el bravo marino, pues, distintas veces le oímos repetirlas, habiendo además pasado por nuestras manos la memoria que él escribiera, podemos afirmar que con la desaparición del comandante Constantino, la Escuadra Argentina pierde á uno de sus soldados más valientes.

Nos inclinamos respetuosos ante la tumba del querido comandante y enviamos á su viuda, hijos y demás familia nuestros sentimientos de sincera condolencia.

LA PRENSA DE BELGRANO (27 Agosto de 1905)

El martes último dejó de existir uno de los pocos valientes veteranos de otra época.

El capitán de fragata Vicente Constantino no era un marino de escuela, porque en su tiempo no la había, pero era un marino de corazón bien puesto, que si no tenía teoría, tenía práctica de sobra para no hacer un mal papel ante cualquier otro marino extranjero.

Peleó por la patria y fué prisionero de guerra del tirano López en el Paraguay durante cuatro años, que más que prisión fueros de martirio.

Libertado al fin, pudo continuar prestando sus servicios á la patria hasta sus últimos momentos.

Amigos antiguos del viejo marino, le damos nuestro más sentido adiós y á su familia nuestro sincero pésame.

LA OPINIÓN, Diario de Santa Fe (24 Agosto de 1905)

MUERTE DE UN VETERANO DEL PARAGUAY

Ha fallecido recientemente en Buenos Aires, el capitán de fragata retirado, señor Vicente Constantino, que durante algunos años residió en esta capital, en desempeño del puesto de jefe de la subprefectura marítima, que desempeñó con general satisfacción.

El capitán Constantino tiene una brillante foja de servicios prestados en el curso de su carrera, que empezó á los 15 años de edad, en la escuadra de aquel tiempo, actuando en 1858 en todos los acontecimientos de embrionaria y agitada organización nacional. Así pues, estuvo en Pavón, Cepeda, revolución de Flores en la Banda Oriental, en la insurrección correntina, etc. y al estallar la guerra contra el Paraguay donde regía el siniestro tirano Francia, revistaba con el grado de alférez á bordo del « 25 de Mayo ».

Habiendo caído prisionero, fué conducido á Hamaitá y luego á Villa Franca con otros compañeros de infortunio, haciéndoles seguir á la vanguardia del ejército enemigo, y en todos los combates, odisea penosa que soportaron durante cuatro años y medio, durante los cuales se encontraron á cada paso expuestos á sucumbir.

Teniente de fragata en 1869, fué ascendido á teniente de navío cuatro años más tarde, y en 1888 ostentaba las insignias de capitán de fragata.

Al retirarse á la pasiva, en 1902, computáronsele 52 años, 4 meses y 8 días en concepto de servicio activo. Tal es el resumen de la foja de servicios del meritorio soldado que acaba de morir.

El comandante Constantino era italiano de nacimiento, pero llegó muy niño á las playas argentinas y á los 15 años, como decimos, ingresó á la embrionaria escuadra de aquella época.

Los restos mortales de este meritorio jefe, fueron inhumados ayer por la tarde, recibiendo los honores correspondientes á su gerarquía militar.

¡Que la tierra le sea leve!

MEMORIAS

QUE DEJÓ ESCRITAS, DE SU PUÑO Y LETRA, EL CAPITÁN DE FRAGATA SR. VICENTE CONSTANTINO, HABIÉNDOLAS ESCRITO DESPUÉS DE SU VUELTA DE LA GUERRA DEL PARAGUAY, SEGÚN ALGUNOS APUNTES QUE TRAJÓ Y LO DEMÁS AYUDADO POR SU MEMORIA.

Apuntes sobre mi prisión en la guerra del Paraguay

El 1.º de Abril de 1865 salimos de Buenos Aires, á bordo del vapor nacional «25 de Mayo», con destino á Corrientes. Llegamos á ese puerto el día 11 donde se encontraba también el vapor Gualeguay.

El día 13 del mismo mes (Jueves santo) á las 6 de la mañana encontrándome sobre cubierta, pues estaba de guardia, avisté cinco vapores que venían en dirección á nosotros. Tomé el antejo para ver mejor y por este medio díme cuenta de que eran vapores paraguayos armados á guerra y tripulados por 3000 hombres más ó menos, vestidos de colorado y bien armados. Se dirigían hacia el puerto de Corrientes.

Al llegar frente al vapor 25 de Mayo, el jefe de la escuadra paraguaya hizo señal de cambiar la línea y prepararse á combate. Esto lo comprendí porque el libro de señales de ellos era igual al nuestro. Al ver esta evolución avisé inmediatamente al 2.º comandante, capitán Domingo Olivieri, quien me or-

denó hiciera cargar la batería á bala y metralla y tuviera la infantería lista, preparando asimismo una mecha en la Santa-bárbara por si el enemigo venía al abordaje y no nos diera tiempo de defendernos.

Sin embargo, á pesar de la maniobra que habíamos visto, saludamos con la bandera al enemigo, pero éste no contestó á nuestro saludo, lo que nos convenció de las intenciones hóstiles con que se presentaba, y de la verdad de los díceres que corrían, de que, así iba á suceder.

Sin esperar más, mandamos enseguida llamar al comandante de nuestro buque, D. Carlos Mazzini, que se hallaba en tierra, viniendo éste inmediatamente á bordo, pues casualmente venía cuando le avisaron. Una vez á bordo, nos ordenó que nos desarmáramos, pues él no tenía ninguna instrucción al respecto de este incidente, y nos dijo también que, el señor Gobernador Lagraña le había manifestado que no tuviese cuidado por la escuadra paraguaya, porque ésta nada tenía que ver con nosotros. Pero cuando se le dió cuenta de las maniobras que habíamos visto hacer comprendió que habíamos sido traicionados y que nosotros seríamos la *carnada*, y así sucedió!

Para cualquier maniobra de nuestra parte, era ya tarde; pues acto continuo cargaron sobre nosotros dos vapores paraguayos, el Legoré y otro cuyo nombre he olvidado, uno á babor y otro á estribor. Los demás, hicieron fuego á tierra y al vapor argentino Gualeguay que estaba atracado á la costa con planchada á tierra, por lo que pudieron salvarse los oficiales y tripulantes de este buque, abandonándolo por completo.

La autoridad Provincial también abandonó la ciudad quedando por consiguiente sólo nosotros en poder de la escuadra pirata.

Como dije antes, vinieron al abordaje de nuestro buque, vapor 25 de Mayo, dos vapores paraguayos, el Legoré con 300 hombres y el otro con 200, y sin darnos tiempo á nada, que aunque lo hubiéramos

tenido nada hubiéramos podido hacer, pues sólo éramos 80 hombres desarmados. Subieron á bordo y lo primero que hicieron fué ultrajar el pabellón argentino, lo arriaron y pisotearon, gritando viva López «mueran los porteños» y así tomaron posesión del vapor, matando á todos los que encontraban por delante ó que quisieran hacer resistencia. En seguida bajaron á la cámara y sacaron de allí á palos á los tenientes Calvo y Leitón y los subieron sobre cubierta.

Al ver esto nuestra tripulación, una parte de ella y tres oficiales se tiraron al agua y allí perecieron todos, los unos ahogados y los otros fusilados en el agua misma.

En vista de este triste espectáculo en que se mataban hombres indefensos, pedí al comandante del Legoré, Avelino Cabral, que contuviera su gente é hiciera respetar las vidas de los pocos que aun quedábamos, contestándome que no podía contenerlos. Lo único que hizo, que tal vez haya sido mucho en esos momentos, fué agarrarnos entre él y sus oficiales y echarnos al vapor Legoré, salvando de este modo nuestras vidas del furor de esos salvajes ó fieras sedientas de sangre. Allí nos pusieron incommunicados, siguiendo viaje la escuadra enemiga hacia Itapirú, llevando la presa humana como también los dos vapores argentinos, el nuestro y el Gualeguay, éste sin gente.

¡Qué momentos aquéllos! con qué piadosa evocación recordábamos nuestros hogares abandonados tal vez para siempre! Veíamos ya llegado nuestro fin y nos considerábamos como en capilla, con la diferencia aun más cruel, que los que así se encuentran tienen el consuelo de despedirse de sus familias y otras gracias postreras y nosotros, nada más que enemigos ansiando ver correr nuestra sangre. Yo por mi parte hacía dos meses y medio que me había casado, lo que hacía me fuera aún más triste el recuerdo de mi esposa que tan pronto quedaría viuda. Pero, Dios quiso que así no sucediera.

Al llegar al puerto de Itapirú, el mismo día á la entrada del sol, hallamos allí al general Robles, quien ordenó se nos bajase á tierra, é inmediatamente nos llevaron al Paso de la Patria, habiéndonos previamente robado toda nuestra ropa, dejándonos solamente la puesta. Llegamos á este último punto y acto continuo por orden del mayor Lascano se apoderó de nosotros una guardia de soldados descalzos y casi desnudos y nos arrojaron en los calabozos de la guardia de prevención.

Durante ese trayecto encontramos varios soldados que al vernos sacaban tremendas dagas preguntando á la guardia que nos custodiaba, si esos « Gambá » eran para degollar; al contestarles que no, guardaban otra vez sus armas, pero las mujeres del pueblo nos insultaban y escupían en la cara.

En dichos calabozos permanecemos hasta el día 15 á las 12 del día, hora en que nos trajeron una batea de loco con una sola cuchara para todos. Esta fué nuestra primera comida desde el momento en que caímos prisioneros.

El 16, día de Pascua, nos hicieron marchar á Villa Franca, sin comer; íbamos á caballo. Venía con nosotros el primer maquinista, mister Elris, en estado de demencia resultada de nuestra prisión y del mal trato recibido. Al pasar el Estero Vellaco le dió un ataque y murió sobre el mismo caballo que montaba; su cadáver quedó allí insepulto. Nosotros seguimos nuestra marcha.

El mismo día á las 6 de la tarde llegamos á Santa Rosa, donde permanecemos toda la noche. Al otro día continuamos marchando y llegamos á Villa Pilar á las 5 p. m. Nos encerraron en la cárcel y pasamos también esa noche sin comer desde el día 15 que nos dieron el loco.

Era tanta nuestra desesperación y mal estado que clamábamos que tomaran cualquier determinación sobre nuestra suerte, por dura que fuera; pero á nuestros clamores nadie contestaba.

Hacían sólo 5 días que estábamos prisioneros y ya no podíamos sufrir más. ¡Quién me hubiera dicho que todavía debía sufrir 4 años y 4 meses más bajo el despotismo de esos salvajes!

Y más vale que no lo supiera, pues de haberlo podido siquiera sospechar, hubiera concluído con mi vida enseguida, antes que sufrir tanto martirio, pues sólo la esperanza de que tal vez el día pasado sería el último y que de un momento á otro seríamos rescatados, nos hacía tener apego á la vida, y así con esa esperanza fueron pasando los días, los meses y los años! Continuo: El jefe que nos conducía, que era el teniente Moreno, con 25 hombres, llevaba orden del general Robles, por decreto del tirano López, de fusilarnos al menor movimiento ó protesta.

Sin embargo, digimos al citado teniente, que en ninguna parte del mundo se trataba así á los prisioneros de guerra y que sólo en el Paraguay se podía ver semejante cosa, que por lo menos nos dieran de comer. Nos contestó que era mejor que nos callásemos, porque sino cumpliría con la orden que tenía. Le contestamos que mejor sería que lo hiciera de una vez pues de todos modos comprendíamos demasiado la suerte que nos esperaba.

No dejaban de ser audaces nuestras réplicas y protestas estando en poder y á disposición de semejante enemigo, ¡qué digo! ¿enemigo? No, esos no eran enemigos, eran victimarios. Gente ávida de sangre humana. Salvajes para quienes la vida de un hombre no valía más que la de un animal. Chusma degradada y feroz. Fieras sanguinarias que su mayor placer era amontonar cadáveres y divertirse con los visajes agónicos de sus víctimas. Sin embargo, tal vez no hubieran sido tan perversos si no hubiera existido el tirano López, pues, este hombre inhumano, á semejanza de Rosas, pero sin la nobleza de éste y sí con la barbarie de Nerón, inculcaba á sus esbirros esas ideas salvajes; y éstos ya sea por instinto, por sugestión ó por fanatismo, se convertían en máqui-

nas de crueldad para todos aquellos que estuvieran sindicados por el Supremo, como le llamaban al tirano López.

Vuelvo á continuar mi interrumpido relato, y pido disculpa si estas interrupciones se suceden con demasiada frecuencia, pero no puedo hacer á menos, pues son desahogos naturales que me son imposible contenerlos.

El día 19, á las 4 de la mañana, marchamos para la estancia del «Yaguaré» y nos prometieron darnos de comer cuando llegásemos allá.

Hacían ya 4 días que no nos daban alimento. Ahora se preguntará: ¿cómo podíamos andar y sostenernos en pie? Voy á explicar. Durante el camino recogíamos naranjas, cáscaras, raíces y cuanta cosa imaginábamos que pudiera servir para alimento, y de esta manera nos íbamos sosteniendo. Pero no sucedía lo mismo á los que nos conducían, pues éstos llevaban víveres y en cualquier parte que llegábamos les daban comida las mismas mujeres que encontrábamos en el camino, sólo á nosotros no! porque éramos *Gambá!*

Llegamos á la estancia á la puesta del sol y por fin nos dieron de comer. Dormimos allí esa noche, sobre la tierra del campamento, que si bien para nuestros molidos cuerpos no era un lecho muy á propósito, sin embargo necesitábamos descansar y lo aprovechamos durmiendo toda la noche, como lo hubiéramos hecho en la mejor cama.

El 20, seguimos nuestra marcha para la estancia de Bargas, donde llegamos á las 3 de la tarde. Descansamos esa noche bajo un árbol de lapacho; es decir, nos tiramos al sueio para dormir, pero desgraciadamente, mientras dormíamos, bajó del lapacho una enorme araña, que según dijeron los paraguayos, era de las más peligrosas y de las más grandes, pues tenía el tamaño de la mano de un hombre, toda peluda y repugnante. Yo vestía de saco blanco y el asqueroso insecto vino á ponerse sobre mi pecho

muy cerca del rostro. El comandante Mazzini, que felizmente estaba despierto, la vió y se puso á dar gritos desaforados, los que pusieron á todos en movimiento y confusión. Por fin, consiguieron sacarme de encima la araña y un soldado la mató con la bayoneta. De esta manera concluyó nuestro descanso esa noche, pues ya nadie se atrevió á dormir ni aun los paraguayos, pues conocían muy bien la clase de aquel insecto formidable y venenoso.

A las 6 de la mañana del día siguiente, emprendimos otra vez la marcha en dirección á nuestro destino, que como he dicho anteriormente, era Villa Franca, á donde llegamos á las 11 de la mañana del día 21 y nos encerraron en el cuartel de la comandancia.

En seguida, todo el populacho se apresuró á venir á vernos y nos contemplaban como si hubiéramos sido animales raros. Pero entre aquella turba inconsciente y desapiadada, se encontraba el señor José Rivas, maestro de escuela, quien lleno de delicados sentimientos en su noble corazón, se compadeció de nuestro estado miserable y triste y nos trajo alimentos, llevando también nuestra ropa á lavar, es decir, parte de ella, pues no teníamos más que lo puesto.

Allí quedamos 7 meses y 6 días, arrastrando una vida de miserias y humillaciones, alimentados con carne y maíz. Felizmente, y aún no me explico como fué, que nos dejaron los relojes y otros objetos de valor, los que vendimos para con su producto aliviar en parte nuestra miserable existencia.

El 26 de Noviembre, á las 11 de la mañana, llegó el vapor «Espora», que venía de Humaitá. Como les pareciera á nuestros verdugos que allí estábamos tal vez demasiado bien alojados, nos condujeron á bordo de dicho vapor, de diez en diez, poniéndonos al cepo de lazo, y así seguimos viaje á Humaitá hasta el día 27, á las 3 p. m., hora en que llegamos, desembarcando á las 5. Nos encerraron en los calabozos de la Poa, permaneciendo así hasta el mes de Junio

de 1866, sufriendo toda clase de miserias y mala vida que pueda sufrir un ser humano. Soportando también los insultos y humillaciones con que nos favorecía el tirano López por intermedio de sus esbirros.

En ese mismo mes nos pasaron á los calabozos de la Guardia de Campo, donde quedamos hasta el 2 de Septiembre, siempre en la misma miseria, no teniendo ni paja para dormir en todo ese lapso de tiempo, ni aun ropa para mudarnos los harapos que nos cubrían.

El día indicado (2 de Septiembre 1866) nos embarcaron en el vapor «Butilé», donde nos tuvieron 48 horas sin alimento alguno; después nos dieron á cada uno una ración de carne y no comimos más hasta el día 6 en que llegamos á la Asunción. Llegados á este punto, desembarcamos y nos hicieron formar en tierra hasta que viniera la guardia que debía custodiarnos. Entre tanto vinieron á vernos varios comerciantes y ofrecernos sus servicios, entre los que se encontraba el señor Ramón Capdevila (1). Estos señores compraron á las vendedoras ambulantes, naranjas y otros comestibles, los que nos lo tiraban porque no se les permitía acercársenos.

En seguida que vino la guardia, nos condujeron á la cárcel pública, donde nos mezclaron con los grandes criminales que estaban presos allí.

El señor Capdevila se condolió tanto de nuestra suerte, que hasta en la misma cárcel volvió á enviarnos comida y ropa, pues necesitábamos la una para no morirnos de hambre y la otra para no quedar en traje de Adán.

Este beneficioso auxilio nos lo continuó mandando todos los días el Sr. Capdevila. Pero, notado esto por el encargado de la cárcel, y, ya fuera para él también obtener un beneficio ó mortificarnos por otro lado, nos llamó y nos dijo que teníamos que pagar el carcelaje. Sorprendidos nosotros ante semejante

(1) Este señor ora padre del finado general argentino D. Alberto Capdevila.—*N. del E.*

audacia, le contestamos que nosotros no éramos asesinos, que el gobierno paraguayo debía darnos no solamente comida y alojamiento sino que también el buen trato que merecen todos los prisioneros de guerra en cualquier país civilizado. Volvió á repetirnos este individuo, que no había más remedio que pagar, que así mandaba la ley, y que en caso contrario iríamos á trabajar en trabajos públicos. Ante esta exigencia, mandamos llamar al señor Capdevila para comunicarle lo que nos pasaba.

Este señor, inmediatamente nos dió 200 patacones para pagar el carcelaje, y nosotros le dimos, en cambio, un documento á fin de que el que sobreviviese le abonase oportunamente dicha suma.

Así seguimos 15 días más. Después nos mandaron al cuartel de San Francisco, donde pasamos malísima vida, pues aunque el señor Capdevila no perdía ocasión para favorecernos, no siempre pudo conseguir enviarnos alimentos, porque allí era más difícil ponerse en contacto con nosotros debido al mayor rigor de nuestros guardianes.

Por tal razón, volvimos á vernos sumidos en la misma miseria anterior, con lo cual estuvimos obligados á comer gatos y ratones para no morirnos de hambre y aun el mismo cuero que teníamos para dormir, el cual lo cortábamos á pedazos y después lo remojábamos para asarlo, constituyendo esta comida uno de los manjares que nos ayudaban á vivir.

En ese cuartel, que también servía de hospital de sangre, había un depósito de harina en el cuarto contiguo á nuestro calabozo que era el número 21. Descubrimos este depósito debido á que los grandes ratones que nos veíamos obligados á comer, venían de ese lado cubiertos de harina; esto nos hizo sospechar que allí habría con que alimentarnos. Casualmente había una reja de madera que comunicaba con ese cuarto y nos propusimos á toda costa penetrar en él. Pero cómo, sin que nos vieran? La necesidad nos dió fuerza é iluminó nuestras debili-

tadas mentes. Tratamos de conseguir una lata y con ella, en forma de cerrucho, empezamos á cortar la reja de madera que comunicaba con ese cuarto. Trabajábamos todas las noches un poco, pero al mismo tiempo preparábamos cola á fin de volver á pegar la reja una vez cerruchada. La preparación de la cola duró un mes de trabajo, pues todas las noches hacíamos hervir un pedazo de cuero de los que nos servían para dormir. Después de un mes de trabajo continuo de noche, conseguimos tener cola y haber efectuado una apertura en la reja, grande como para que cupiera un hombre. A haber podido tener mayor expansión, hubiéramos festejado este triunfo de labor y constancia, pues no sólo veíamos colmados nuestros esfuerzos sino que desde ese momento tendríamos algo más que comer. Así que apenas abierto el pasaje se iluminó nuestros semblantes con una satisfacción que hasta podría traducirse en felicidad, pues ¿y no era felicidad, en medio de tanta miseria, tener harina á nuestra disposición? Ya lo creo; así que desde ese momento estuvimos de banquete pues todas las noches teníamos tortas ó pan, si así puede llamarse á un amasijo que hacíamos de noche á oscuras por no tener luz y para no ser vistos, y apenas amasado cocíamos entre la ceniza.

Así vivimos 16 meses, habiendo tenido la suerte de no ser descubiertos, pues de haberlo sido, nos habrían fusilado en el acto.

En el mes de Diciembre fué descubierto que el señor Capdevila nos proporcionaba algún auxilio y por esto, que ellos llamaban un gran delito, fué preso y se le remachó una barra de grillos.

Esta noticia fué para nosotros un golpe terrible, tanto por la falta que nos hacía su generoso auxilio, como el que por nuestra causa fuera tan cruelmente castigado. Pero no por tal desgracia ese corazón tan noble fué menos generoso para con nosotros, pues llegó á tal extremo su abnegación que encargó á su señora para que siguiese socorriéndonos toda

vez que se le presentara la ocasión. Y la buena señora cumplió el encargo hasta el 22 de Febrero del año 1868, día en que llegó un acorazado brasilero del que no recuerdo el nombre.

En ese día dió orden el tirano de desalojar la ciudad en el término de 24 horas, siendo fusilada toda persona que se encontrara en la calle después del plazo acordado.

Ahora relataré un hecho que se produjo durante nuestra permanencia en el cuartel de San Francisco y aunque no tomé parte directa, lo presencié y en algo intervine. Uno de los monitores brasileros que forzó el paso de Humaitá y llegó á la Asunción, empezó á bombardear la ciudad. Una de las balas de 150 libras pasó por sobre la casa del tirano López, destruyó una pirámide y vino á caer en el cuartel de San Francisco, donde nos encontrábamos nosotros.

Se dió cuenta del hecho á López y éste ordenó que la bala fuera llevada en el acto á la fundición de Ibicuy para tomarla por modelo y construir cañones de ese calibre.

Casi todos los prisioneros fueron inmediatamente transportados á dicha fundición para ayudar á la fabricación de los nuevos cañones.

Para ese trabajo existía hierro en abundancia, pero faltaba liga para una buena construcción; razón por la cual López mandó que por los prisioneros se hicieran bajar todas las campanas de las iglesias.

Como ese material no fuera suficiente, se les ordenó que despojasen los templos de todos los objetos de metal aunque fueran de oro ó plata, y en cumplimiento de tal orden cargaron con los cálices, vinageras, reliquias, bandejas, sin dejar el más insignificante objeto de metal.

Con el material descripto, incluso la bala brasileña, se fundieron tres cañones poderosos, que hoy forman parte del museo de las tres naciones aliadas: uno llamado «El cristiano» lo tiene el Brasil; otro llamado «El criollo» lo tenemos nosotros, y el ter-

cero cuyo nombre no recuerdo lo tiene la República Oriental.

Estos cañones, no sólo tienen valor histórico, sino también por la riqueza de sus materiales, por la gran cantidad de oro y plata con que fueron formados.

Continuo la historia de su construcción.

Una vez construídos estos cañones, después de grandes fatigas, al golpearlos producían un gran sonido, debido quizás al exceso de metales preciosos que contenían.

Preguntado el ingeniero que había dirigido la construcción si creía que podrían resistir y llenar el objeto á que los destinaba López, manifestó que mucho lo dudaba. En efecto, los llevaron á la Angostura para probarlos y al hacer los disparos, producían un estampido tan fuerte que era imposible permanecer cerca de ellos; por lo que se resolvió abandonarlos.

Como el ejército aliado avanzaba rápidamente, ordenó López que los enterrasen.

Terminada esta operación se mandó que todos los prisioneros que habían tomado parte en la fundición marchasen á Cerro León y una vez allí, López ordenó que fueran inmediatamente fusilados para así ocultar el fracaso dado con los tales cañones.

La orden se cumplió y en el acto fueron despiadadamente asesinados los desgraciados prisioneros: Capitanes Telmo López y Fidanza, los hermanos Susini, Sinforoso Cáceres, el cónsul oriental señor Rodríguez y otros cuyos nombres no recuerdo. También creo que en esa matanza cayó Ramón Capdevila, nuestro noble protector.

Yo y otros compañeros quedamos en el cuartel de San Francisco hasta el mes de Junio del año 1868.

Después nos enviaron al cuartel de la Rivera. Allí encontramos que estaba presa con centinela de vista, las señora Dolores de Cáceres con su hija y como casualmente nos pusieron en un calabozo conti-

guo al de ellas, nos comunicamos por medio de un agujero que hicimos en la pared y por este medio supimos, después de tres años que estábamos encerrados, algo de lo que había pasado durante nuestro cautiverio, pues estas señoras hacía poco tiempo que estaban presas.

También encontré en ese cuartel, un señor que hacía 5 meses que estaba preso y ¡oh casualidad! conocía á mi familia y había estado con ellos hasta un mes antes de caer prisionero. Es fácil imaginarse el efecto que me causaría este encuentro, es decir, poder conversar con quien pudiera darme datos recientes de mi familia, y en particular de mi esposa que desde que había caído prisionero ni ellos sabían nada de mí ni yo de ellos. Así, que comencé á acosarlo á preguntas y tuve, para que negarlo, un momento de debilidad y lloré, pero lloraba sin poder explicarme si era de alegría ó de pena, pues los dos sentimientos estaban entrelazados en ese momento, y concluía uno para empezar el otro. Mis preguntas repetidas con insistencia iban unas veces acompañadas de lágrimas y otras de risa, tanto que mis compañeros creían que hubiera perdido la razón; pero no era esta la causa de mi emoción, sino los recuerdos y más aun cuando este señor me dijo que yo era padre. ¡Padre! ¡Ser padre por primera vez y no tener la dicha de conocer á su hijo y no poder tampoco estar á su lado para gozar con sus caricias infantiles! y lo que era peor ¡quién sabe si lo vería nunca! pues pocas esperanzas tenía de salir con vida de esa infame y cruel prisión.

Como ya dije al principio, cuando caí prisionero hacían dos meses y medio que había contraído enlace y á los 7 meses de estar prisionero, venía al mundo mi primer hijo, quien en medio de la desolación en que se encontraba mi familia y mi pobre esposa por no saber nada de mi suerte, este niño sirvió para mitigar en parte la pena que tanto les afligía.

También me contó ese señor que, si bien mi familia y en especial mi esposa, sufrían mucho por la incertidumbre de mi existencia, tenían sin embargo un esperanza de que algún día habría de volver, por lo que mi señora hizo la promesa de llevar el hábito de Santa Rita durante yo estuviera prisionero.

Y así fué, tal vez por milagro, debido á los ruegos constantes y á los de mi tierno hijito, que, en su poca edad, cuando apenas comenzaba á hablar le enseñaba la madre á rogar por su padre para que Dios intercediera para que los malos paraguayos, como él les llamaba, le volvieran á su padre.

También supe que había fallecido mi señor suegro y con el agregado aún más triste de que su muerte era debido al sentimiento causado por mi prisión y al ver el dolor en que se encontraba sumida por la misma causa, su hija, mi esposa. Pobre señor, cuanto me quería.

Vuelvo á continuar la interrumpida narración de mi prisión.

El 2 de Agosto del mismo año (1868) nos enviaron otra vez al cuartel de San Francisco, donde permanecemos hasta el 6 de Diciembre.

A las 5 de la tarde de ese día nos embarcaron en el ferrocarril atados codo con codo y estuvimos dos días de viaje, sin comer, sin beber, y sin desatarnos nunca ni aun para nuestras necesidades.

Llegamos así el día 8 á Cerro Largo, donde fuimos encerrados en la Cárcel pública, hasta el 20 del mismo mes. A las 12 de ese día, nos llevaron otra vez atados codo con codo, á pie, á los Cordilleros, donde se encontraba el tirano López. Allí quedamos 24 horas á campo descubierto y en cepo de lazo.

El día 21 á las 12 de la noche, marchamos y pasamos los Cordilleros.

El 22 llegamos al campamento de Piraviví, atrás de los Cordilleros, y allí nos pusieron á los trabajos públicos, desnudos y hambrientos, hasta el 8 de Enero de 1869.

En ese día sacaron 14 de nuestros compañeros de desgracia y los fusilaron delante de nosotros, sin saber la causa porque eran fusilados; así que nosotros esperábamos lo mismo de un momento á otro.

El día 10, vino una orden de arresto para el teniente Leitón y 4 oficiales brasileros que estaban con nosotros.

Los llevaron al campamento general donde se encontraba el tirano y los pusieron al cepo Colombiano para de esta manera hacerlos declarar si era cierto que querían atropellar á las guardias; á lo que contestaron que no, como era verdad; pero aquellos bárbaros no se conformaban con esa aserción y los martirizaban.

Los tuvieron así, bajo ese martirio casi continuo hasta el 20 de Marzo y en este día los llevaron, arrastrándolos porque los infelices no podían ya caminar, á un monte al pie del Cerro Sean y los lanzaron.

El 25 del mismo mes, sacaron al comandante Mazzini, lo llevaron al campamento y lo pusieron al cepo de lazo, donde lo tuvieron 55 días, dándole por alimento cada 24 horas, bofes y mondongos apenas sacados de las reses, sin lavarlos y casi crudos.

Este nuevo martirio á Mazzini, como á los anteriores, fué por calumnias, pues á Mazzini le imputaron el grán delito de que hacía rancho con el que repartía las raciones y que del tal rancho teníamos parte nosotros. Querían por medio del martirio que declararan la verdad, es decir, la verdad que ellos querían que fuese, para así martirizarnos más, pero la única verdad era que eran inocentes y que no era cierto nada de lo que suponían ó pretendían suponer.

Junto con Mazzini, pusieron preso también al que repartía las raciones, por la misma sospecha; pero á éste únicamente le pegaron 80 palos y después lo pusieron en libertad.

Pasados los 55 días que, como he dicho antes, martirizaron á Mazzini, lo volvieron á traer donde

estábamos nosotros, poniéndole de nuevo al cepo de lazo día y noche, mientras que nosotros lo sufríamos sólo de noche.

Durante este tiempo no nos permitían que habláramos con Mazzini á pesar de que lo veíamos y estaba á sólo 20 varas de distancia. Así que sólo por medio de señas nos entendíamos.

Después nos mandaron, á veinte y tantos prisioneros, á Ezcurra y allí nos hicieron hacer por nosotros mismos, un corral como para animales, donde nos pusieron, atados en hilera, al cepo de lazo.

Una noche nos enviaron á Caracupé, porque esperaban que el ejército aliado atacase las trincheras de Piraviví, pero antes de marchar, el tirano, que esa tarde había llegado á Ezcurra, y que todas sus visitas eran fatales, llamó al guardia cárcel y le ordenó que pusiera en libertad á todos los presos por causas locales, es decir, que no fueran prisioneros de guerra, aunque fueran grandes criminales como los había muchos en la cárcel, y de nosotros, los prisioneros de guerra, hizo apartar 40 de todas nacionalidades y atados codo con codo y desnudos, los hizo lanzar en su presencia, lo que era una grata diversión para él y sus acompañantes. Efectuado este nuevo crimen se retiró, dando orden de marchar á Caracupé, lo que se hizo inmediatamente, arrastrando á los que por enfermedad ó debilidad no podían caminar.

Entre estos enfermos iba el comandante Mazzini en un estado miserable; no era más que un esqueleto.

Algunas veces, los conductores, que eran paraguayos, para ir más de prisa, alzaban en ancas á los que materialmente no podían caminar, pero cuando se cansaban lo dejaban caer de golpe y esas caídas eran terribles, pues arrancaban ayes lastimosos á esos infelices, especialmente al pobre Mazzini. Pero los bárbaros que nos conducían no hacían caso de esos clamores é inenarrables penas.

Llegamos á Caracupé el 21 de Mayo y acampamos de noche sobre tierra rasa.

El 22 regresamos nuevamente al campamento de Piraviví, de igual manera que habíamos viajado el día anterior.

Durante este regreso, encontramos á Madama Linch, la cooperadora del tirano López; iba montada en un caballo colorado y acompañada de su escolta. Nos mandó hacer alto en frente de ella y empezó á mirarnos con curiosidad. Y como la mayor parte de nosotros íbamos desnudos, algunos abrigados con un pedazo de cuero y todos con cabellos y barba hasta la cintura, Madama Linch y su corte se reían á carcajadas y cuando alguno de los enfermos se quejaba de sus dolencias, más aumentaba la risa de esa hiena que tenía los mismos instintos sanguinarios que López, su cruel compañero.

En esa marcha venían enfermos de chucho el capitán Olivieri y los tenientes Giovanelli y Gaete, quienes emitían dolorosos ayes, á los que respondía la Linch con sonoras carcajadas y nos tiraba cáscaras de naranja, y después de haber así gozado con nuestra presencia, nos dijo que debíamos estar agradecidos á López, pues demasiada lástima nos tenía él con dejarnos vivos, y se retiró como quien acaba de cumplir una buena obra.

Acto continuo, seguimos nuestra interrumpida marcha hacia Piraviví. Llegados á ese punto, permanecimos hasta el 30 de Mayo. Allí murió de chucho el teniente Giovanelli y yo mismo lo enterré, ayudado por los que podían caminar, pues así nos obligaban á hacer con todos los que fallecían; teníamos que cavarles las fosas, y á los engrillados debíamos sacarles los grillos á hachazos, pues faltaban las herramientas indispensables, y muchas veces nos obligaban también á que les cortáramos las piernas estando todavía en agonía, porque los grillos se necesitaban con urgencia para otros.

Felizmente á ninguno de nosotros nos pusieron grillos á pesar de sufrir peores tormentos.

Nuestro racionamiento allí se componía de bofes

y mondongo, tanto para los enfermos como para los sanos.

A las 3 de la tarde se nos ataba á todos juntos y nos encerraban en el corral, tal vez en peores condiciones que si fuéramos animales.

A los pocos días de fallecer Giovanelli, dejó de existir el teniente Gaete y en seguida el capitán Olivieri y otros, todos por hambre, chucho y martirios de toda clase. Olivieri me encargó que si yo sobrevivía á estos sufrimientos, no contara á su familia todo lo que él había sufrido en sus dolorosos detalles.

En esa época, había llegado á tal extremo la ferocidad de nuestros verdugos que el deseo de verter sangre humana y saciarse viéndola fluír de las terribles heridas producidas por las lanzas y acompañada de los ayes de esas pobres víctimas, era ya para esos salvajes, una diversión diaria. López, principal factor de esa época de sangre, inspirado ya á esta altura de mi relato, de un deseo de exterminio contra los pobres prisioneros indefensos, mandaba órdenes á cada rato para lancear á los que tenían la desgracia de ser elegidos. Esto lo hacían en nuestra presencia y como estábamos atados todos juntos, acurrucados unos á otros, á cada momento esperábamos la misma suerte los que íbamos quedando, pues la elección generalmente no se hacía por nombres ni se seguían otras reglas que la de: uno sí, uno no; así que los que tenían la desgracia de encontrarse en el número impar eran los sacrificados; otras veces hacían lo contrario, los pares eran las víctimas de ese día. ¡Ya íbamos quedando pocos! Algunos debían de ser los últimos! Y entre estos parece que el destino me iba eligiendo á mí, pues nunca me encontraba entre el número fatal. Parecía en estas veces como en otras, que una fuerza poderosa se encargaba mediante la misericordia de Dios de salvarme la vida, tal vez para que pudiera así contar lo que allí pasaba y que nadie era capaz de imaginar.

Ya á la altura de estos acontecimientos habíamos quedado pocos.... muy pocos! Sobre todo teniendo en cuenta el número que había. De mis compañeros del vapor «25 de Mayo» sólo quedábamos tres, Mazzini, Calvo y yo, los demás todos habían fallecido, lanceados ó de hambre; sólo habían salvado Pastore y Polverini porque tuvieron la suerte el primero de escapar al poco tiempo de caer prisionero, y el segundo, un año antes había sido rescatado en un canje que había hecho el gobierno italiano. En cambio, los tres que quedábamos y que he mencionado, llevábamos ya 4 años y 2 meses de cautiverio, y debido á los grandes sufrimientos que á grandes razgos he mencionado, estábamos en un estado deplorable, al extremo de parecer imposible que pudiéramos resistir más tiempo. Así que ya hasta el caminar una cuadra nos servía de martirio pues éramos esqueletos que se movían automáticamente. Y sin embargo, varias veces, y una sobre todo que bien recuerdo por el sufrimiento que nos causó, nos hacían caminar de una parte á otra, nada más que porque sabían que eso constituía un sufrimiento más. Y cada vez que nos detenían en un punto nos dejaban á campo raso, atándonos á las 3 de la tarde para que pasásemos la noche así y fuera más difícil nuestro descanso.

El día 14 de Julio me llamó Mazzini y me dijo que sentía que se le acercaba la hora de entregar su alma á Dios, y me encargaba, si por milagro yo salvaba, que recogiera, si podía, sus restos. Así se lo prometí. Al poco rato había dejado de existir. ¡Pobre Comandante Mazzini!

Por cumplir su última voluntad, al enterrarlo puse una señal sobre su tumba, pero no con la esperanza de que salvaría y podría volver á recoger esos restos queridos, sino como quien hace algo porque cree que así debe hacerlo, pues mientras marcaba ese lecho de muerte, pensaba: ¡Tal vez luego, mañana, ó dentro de poco habré concluído yo también y en-

tónces ¿quién recogerá nuestros restos? Pero, parecía algo así como que estuviera dirigido por una fuerza poderosa, algo sobrenatural, pues todos los compañeros que iban falleciendo, á mí se dirigían para encargarme sus postreros deseos.

El día 20 falleció el teniente Calvo, ¡y se concluyeron mis compañeros del vapor 25 de Mayo! ¡Quedé yo solo! Pocos días antes de morir Calvo, entregó su reloj y un anillo, que por milagro había podido conservar escondiéndolo siempre, al guardia cárcel, que era el mayor Lascano y que parecía no tener la conciencia con tanto relajamiento criminal como los otros; como decía, le entregó Calvo esas alhajas para que se las vendiera y que con esos recursos nos trajera algo de comer, pues temíamos morirnos de hambre como les estaba pasando á muchos.

Pero el Mayor Lascano no los vendía y nos engañaba de día en día, sin duda porque esperaba de un momento á otro concluiríamos nosotros también y así podía quedarse él con esas alhajas.

Cuando la enfermedad postró á Calvo, estuvo muchos días entre la vida y la muerte. Yo que andaba en pie trataba de buscar algo que comer y cuando encontraba á algunos oficiales les pedía alimento porque ya no podíamos más, el hambre nos mataba, y éstos se reían y nos tiraban cáscaras de naranjas. Lo mismo me sucedió con un general cuyo nombre no recuerdo, quien también me tiró cáscaras diciéndome: «esto deben comer Vds.»

Cuando murió Calvo, el día 20 de Julio, como dije antes, reclamé al mayor Lascano, el reloj y anillo que él le había dado para vender, pues si bien ya quedaba yo solo y era hasta cierto punto imposible hacerse ilusiones de salvarse, sin embargo, no sé, empecé é sentir algo que me inducía á pensar en esa probabilidad, y entonces imaginé que si por milagro así sucedía, cuán grande hubiera sido la alegría de la familia de Calvo, al poderle yo entregar esas alha-

jas como recuerdo del fallecido. Pero todo mi reclamo fué en vano, no hubo manera de arrancarle las alhajas á Lascano, ni aun invocando el nombre del Supremo, como ellos llamaban á López. Se hizo sordo á todos mis ruegos ni aun explicándole el fin que me proponía al reclamárselas.

En medio de mis reflexiones debilitadas por mi deplorable estado, no alcanzaba á explicarme y ni aun hoy me explico, como podía sobrevivir á los demás, sufriendo los mismos tormentos y miserias. A lo único que atribuyo, es á que estaría así establecido en los altísimos destinos de la Providencia y que mi hora no había llegado aún, para que así también pudiera dar fe y testimonio de lo que habíamos soportado.

El 8 de Agosto á las 8 de la noche llegó un ayudante con orden del tirano de lancear á la mitad de los prisioneros que había, de diferentes nacionalidades y tomados en diferentes épocas, aunque yo en mi memoria no hago mención particular de ellos, sino de mis compañeros que pertenecieron á la dotación del vapor 25 de Mayo, como ya he dicho.

Llevada á cabo la matanza horrible del lanceamiento, nos hicieron marchar, á los que habíamos quedado, acompañados por una escolta, á Caracupé para ponernos á las órdenes del general Resquin, quien nos mandó siguiéramos la marcha para incorporarnos al tirano López, lo que felizmente no sucedió por no haberlo encontrado.

Seguimos entonces camino á marcha forzada, sustentándonos, durante el trayecto, con raíces y garras de cuero que encontrábamos durante el camino.

El día 12, llegamos á Barrero Grande, donde encontramos los dos ejércitos, Brasileiro y Paraguayo, que se batían. Nos escondimos en el monte, donde permanecemos dos días con el mismo alimento. Al tercer día, se presentó el general Caballero, conduciendo oficiales heridos; nos preguntó que hacíamos allí, á lo que contestamos que íbamos en bus-

ca del Mariscal López. Entonces nos ordenó que marchásemos en seguida; pero era tanta la debilidad que teníamos, que no podíamos caminar. Por este motivo nos permitió quedarnos hasta el otro día, dándonos un pedazo de carne que comimos á tirones como perros, pues no teníamos ni fuego para asarla ni cuchillos para cortarla.

Al día siguiente emprendimos la marcha, haciendo los mayores esfuerzos para caminar, porque el general Caballero había ordenado al jefe que nos conducía, que matase á lanzasos al que no pudiera marchar, lo que se cumplió con doce de los desgraciados que iban quedándose atrás.

Para mayor desgracia mía, al pasar unos cardales, descalzos como íbamos, se me entró una espina en un pie, lo que me hacía sufrir bastante.

Habíamos quedado sólo 8 prisioneros entre todos, los demás habían ya concluído su misión en este mundo. De estos 8, ninguno podíamos envidiarnos el estado de cada uno, pues á cual de todos estábamos peor. Mi pie iba hinchándose y ya no podía caminar más; pero felizmente era ya de noche y acampamos, lo que me dió un poco de descanso y se me desinchó algo el pie.

Esa noche acampamos bajo un monte de naraujas y como vimos á muchas personas tendidas en el suelo creímos que estarían durmiendo, pero al día siguiente pudimos cerciorarnos que todos esos que la noche anterior vimos tirados en el suelo y que creíamos que dormían, dormían sí, pero el sueño eterno: eran cadáveres los más, y algunos todavía en agonía. Había hombres, mujeres y niños, varios de éstos prendidos del pecho de la madre muerta.

Este espectáculo que en otro lugar y en otra ocasión nos habría sorprendido mucho, pasó casi inobservado, pues si bien al primer momento nos causó algún efecto por el hecho de haber dormido entre cadáveres enseguida pasó esa primera impresión y ya no hicimos caso, pues ese espectáculo lo veíamos con mucha frecuencia.

Seguimos nuestra marcha. Yo ya no podía mover el pie, pues se había vuelto á hinchar, mas hacía los mayores esfuerzos para caminar al solo pensar que debía morir á lanzazos, y ésto no por miedo á la muerte, pues en mi estado era lo mismo y aun deseábamos morir, pero lo que me aterrorizaba era morir á lanzazos, porque la muerte de lanza es horrible. Siguiendo así, á la noche encontramos otra vez á Caballero, quien por simple antojo hizo matar con lanza á dos indios que iban con nosotros.

Esta noche y parte del día siguiente, lo pasamos con él, pero no nos dió de comer. Sólo con raíces y naranjas nos sustentábamos.

Por orden del mismo general Caballero, volvimos á marchar, pero yo ya no podía seguir, tenía el pie deforme. Entonces me senté y les dije á los que nos conducían que ya se me habían agotado las fuerzas, que hicieran de mi lo que quisieran. Y en efecto, prefería morir á seguir sufriendo más. Ante mi imposibilidad de marchar, dispusieron lancearme como á los otros, pero la Providencia se había empeñado en salvarme la vida á todo trance. Entre los arrestados había un alférez paraguayo, que siempre me había demostrado más bien cariño, y ante mi crítica situación se empeñó con el jefe que nos conducía para que me dejase la vida. Fuese por humanidad ó por interés, me perdonaron la vida é iban esperándome. Hablaban en guaraní, y á pesar de que yo entendía algo, no comprendía bien; pero, por palabras aisladas me dí cuenta que trataban de huir de López, tomando un rumbo opuesto, y para esto confiaban en mí. Así me lo confirmaron un día en que después de mucho andar no pude ya caminar porque mi pie pesaba más que todo mi cuerpo, y entonces les manifesté de nuevo que yo ya no podía acompañarlos y me contestaron que no los dejase, que tenían intención de llegar al ejército aliado y que entonces tendrían necesidad de mí.

Fácil será imaginar el efecto que me causaría tal

noticia. Dí gracias á Dios por ese acontecimiento, pues ya me consideraba libre.

Desde ese momento ya no había presos ni carceleros, éramos todos amigos. Todos perseguíamos el mismo fin: encontrar camino pronto para llegar al ejército aliado.

Como ahora yo debía caminar hacia mi libertad, hacía los esfuerzos más sobrenaturales para vencer el dolor de mi pie. Mis ex carceleros me incitaban á caminar y para esto me daban tres ó cuatro cuerdas de ventaja, que yo las hacía despacio apoyado en un palo. Por el camino encontré un burro, lo que fué para mí un verdadero alivio, porque lo monté y pude así marchar con los demás.

Llegamos á una laguna que teníamos que atravesar y que todos se animaron á pasar después de alguna exhitación; yo también iba á cruzar sobre el burro, pero entre los presos y arrestados venía un clérigo paraguayo, quien no se animaba á pasar dicha laguna. Quiso entonces quitarme el burro para cruzarla sobre él, yo le dije que no se lo daría porque él estaba sano y fuerte y yo enfermo y débil, que pasase como pudiera; pero no dando tal vez mucho valor á mis razones insistió en quitármelo á la fuerza, para lo cual apoyándome en un árbol me preparé á la lucha; felizmente el clérigo reaccionó y se dió entonces cuenta de mi desventaja por lo cual me dejó tranquilo y no pasó de palabras, pues de lo contrario yo habría llevado la peor parte debido á mi estado.

Este pequeño incidente pasó estando los dos solos, pues los demás estaban del otro lado de la laguna esperándonos, ya la habían pasado á nado. Pasé yo también siempre montado en el burro y el clérigo la pasó á nado como los otros.

Seguimos viaje, y por el camino encontré un asado en un asador que no había sido visto por nadie de los que habían pasado por el mismo sendero antes que yo. Lo repartí entre todos y por fin comimos bien.

Después de este banquete, que bien podía llamarse

así, pues hacía más de cuatro años que no comía un pedazo de carne ni otra comida, cocida siquiera medianamente, seguimos viaje sorprendiéndonos la noche bajo un monte de naranjos.

Al otro día, al ponernos en marcha, me encontraba mejor del pie, siendo la causa de la mejoría el baño de pies que tomé al cruzar la laguna sobre del burro; esto hizo que se me desinchara, lo cual me alivió mucho.

Iban ya tres días de marcha, y en el estómago no le habíamos echado otro alimento que el asado mencionado, lo cual nos puso en un estado de hambre y debilidad que ni veíamos el camino que debíamos seguir. A la tarde del tercer día, encontramos un resto de carne que había abandonado el ejército al pasar por allí, harían varios días. Esta carne estaba en completo estado de descomposición y hasta con gusanos, pero para nosotros fué un gran hallazgo y la comimos como si hubiera sido el mejor manjar.

Por fin el 20 de agosto, á las 12 de la noche, encontramos una avanzada del ejército brasilero, de caballería, y nos hizo hacer alto, preguntándonos que gente éramos.

Contestamos que éramos prisioneros, pero no lo creyeron. Entonces nos arrojamos al suelo en señal de que éramos gente inofensiva.

En vista de nuestra actitud, se acercaron y como era noche de luna muy clara, se dieron cuenta en el acto de nuestro estado, compadeciéndose de nuestra situación. Les pedimos de comer, contestando ellos que no tenían, pero que mandarían avisar á su jefe, que nos esperaríamos allí.

Mas como por aquellos parajes hacían escursiones las partidas del tirano, les suplicamos que nos llevaran donde estuviéramos seguros.

Entonces nos llevaron hasta la primera avanzada del ejército brasilero. Allí nos presentaron al capitán de campo, al que también pedimos de comer, contestándonos éste que allí no tenía, pero que descau-

sáramos esa noche y que al día siguiente nos daría lo que necesitáramos.

Yo no quise quedarme allí y le supliqué que nos llevase al campamento general, á lo que accedió en el acto.

Una vez llegados al campamento nos presentaron al general Cámara, quien después de hacernos algunas preguntas respecto al estado del ejército paraguayo, ordenó nos presentaran al mariscal Camelino que se hallaba en Caraguatai. En la misma carpa de este mariscal estaba el coronel Luis M.^a Campos.⁽¹⁾

Estos volvieron á preguntarme del estado del ejército paraguayo. Después el mariscal me ordenó que me presentara al Conde d'Eu y que enseguida regresara á las órdenes del coronel Campos.

Llegados á presencia del Conde d'Eu, éste me preguntó qué gente era la que venía conmigo. Contesté que eran prisioneros como yo, cosa que no esperaban algunos de mis compañeros, pues entre estos habían algunos que cuando estábamos en su poder nos habían hecho mucho mal y suponían que ahora que yo estaba entre nuestros aliados, trataría de vengarme delatándolos. Pero no, este proceder, aunque hubiera sido muy justificado, no encuadraba dentro de mis sentimientos, y todo lo contrario, los había perdonado. Así que al oír mi contestación casi se quedaron sorprendidos y no sabían como agradecerme.

El Conde d'Eu, quiso enviarme al campamento brasilero para que me atendieran allí, pues mi estado necesitaba un cuidado inmediato, pero le dije que agradecía su atención y que no podía aceptarla porque tenía orden de regresar á las órdenes del coronel Campos, con lo que el conde quedó conforme y me autorizó á que fuera á cumplir dicha orden.

Me presenté al coronel Campos, y éste me destinó una carpa poniéndome un centinela para que me cuidara y no me dejase comer más que lo que él mismo

(1) El hoy teniente general, actual Ministro de Guerra.—*N. del E.*

ordenase, pues mi estado de salud era tan delicado y el hambre tan viva, que podía haber hecho algún desatino que me hubiera costado caro.

Al día siguiente vino á verme el comandante Levalle⁽¹⁾; habló conmigo y me preguntó mi nombre. Al saberlo, no pudo disimular la gran emoción y contento que le causaba encontrarme, pues conocía á mi familia y ésta le había encargado que me buscara y que tratara de enviarles noticias de mi paradero. Así que en el acto escribió á mi familia preparándola para mi vuelta, pero la carta no llegó hasta después de encontrarme en casa, lo que hizo fuera más impresionante mi llegada por la sorpresa. Inmediatamente me pidió al coronel Campos, para ocuparse personalmente de mi cuidado, pues una vez que me había encontrado no quería dejarme.

Ante estas manifestaciones, el coronel Campos me entregó á Levalle, recomendándole que me cuidara mucho. Estas atenciones afectuosas en momentos tan críticos para mí, las recuerdo y recordaré siempre con gratitud y cariño, pues todos, el coronel Campos, el comandante Levalle y algunos oficiales de su batallón, que creo era el 5º de línea, como también el alférez Levalle que me dió ropa, todos á cual más se esmeraban en colmarme de finas atenciones, tratando así de mitigar los grandes sufrimientos inmediatos que había pasado y tratando también, por este medio, de levantar mi espíritu, bastante desfallecido, al punto de creer que no pudiera vencer ese estado desesperante en que me encontraban y no poder por esta causa, ya que habían tenido la suerte de encontrarme, como ellos decían, llevarme con vida ante mi desolada familia. Pero debido á sus solícitos cuidados, consiguieron reanimarme un poco, consiguiendo así sus nobles propósitos.

¡Mis sinceros agradecimientos á esos nobles corazones!

A los dos días me hicieron presentar al general D. Emilio Mitre.

(1) El fallecido Teniente General argentino.—*N. del E.*

Cruzando el campamento encontré preso y al cepo de lazo, á uno de los verdugos que teníamos de guardia-cárcel en los calabozos paraguayos; era un moreno, sargento del batallón Florida, desertor del ejército oriental. Acerqueme á él y le pregunté si me conocía; contestó que no. Le dije entonces que me mirase bien, que yo era aquel mártir que estando bajo su custodia, un día, el 8 de Agosto, él le había dado una tremenda bofetada por haberle pedido un poco de caldo. Volvió á contestar que no me conocía. Debo advertir que era tal el efecto que me había producido el recuerdo de mis sufrimientos al ver uno de mis verdugos, que todo mi ser se conmovió y sentí una especie de odio y deseos de venganza, sobre todo para con ese miserable que fué uno de los más crueles cuidadores que teníamos. Así que, volví á preguntarle si no se acordaba de aquellos infelices que él por mero gusto había hecho azotar y que yo ante semejante crueldad le había dicho que si por disposición del Todopoderoso, recuperaba algún día mi libertad, le haría pagar todas las infamias que con nosotros cometía, y que entonces me dió un latigazo que me cruzó la cara. Y ¡oh destino! volvimos á encontrarnos, yo libre y él preso, casi á mi disposición. Continuó negando conocerme, pero ya en un tono muy humilde, por lo que se comprendía que me había reconocido. Entonces con la ira propia por las circunstancias mencionadas le dije que más tarde me reconocería mejor. Así que, cuando me presenté al general Mitre le manifesté todo lo que ese hombre había hecho con nosotros. Al mismo tiempo, algunos oficiales correntinos manifestaron también al general que ese mismo hombre les había hecho mucho mal á ellos también. El general ordenó que fuese puesto incomunicado. Después no sé el fin que llevó ese infame verdugo.

Este fué el único desquite y venganza contra mis victimarios.

Al día siguiente, el general Mitre ordenó al co-

mandante Levalle que me condujera á la Asunción y me presentara al coronel Agüero para que me enviara á Buenos Aires inmediatamente, pues mi estado de salud era tan delicado que necesitaba una atención inmediata y eficaz. Así lo hizo el comandante Levalle y mientras íbamos, por el camino le iba mostrando á éste, los lugares donde habíamos estado presos. Al ver esos terribles lugares que tantos recuerdos tristes traían á mi memoria, no podía menos de experimentar una sensación de terror que se manifestaba en mí por medio de un temblor que agravaba mi estado pero que no podía remediarlo. Había momentos en que me olvidaba de que ya estaba libre y que iba en compañía de Levalle y que esa marcha era una de las tantas cuando estaba en poder de mis victimarios y me daban escalofríos que ponía en apuros á mis acompañantes para hacerme volver á la realidad; esa realidad que me parecía un sueño! ¡Estar libre y en compañía de amigos! parecía algo que no podía ser, que era imposible que después de haber estado 4 años, 4 meses y 5 días en poder del tirano López, sufriendo tantas penurias, pudiera encontrarme en ese momento con vida y libre, no me parecía cierto, y sin embargo, gracias á Dios, era cierto! ¡Estaba libre!

Cuando llegamos á Cerro León, fuímos á la estación del ferrocarril para dirigirnos á la Asunción.

El comandante Levalle subió al tren y creyó que yo también había subido, pero era tal mi postración que no pude subir y tuve el sentimiento de ver partir el tren, quedándome yo en la estación, pasando en ella toda esa noche.

Al día siguiente, encontrándome un poco aliviado, subí al primer tren que salió y llegado á la Asunción me presenté al coronel Agüero, quien se conolió de mi estado y me condujo á su casa de familia donde fuí muy bien atendido, pasando allí la noche.

Al otro día salía para Buenos Aires el vapor «Provedor»; así que me embarqué en él y heme aquí

en viaje para reunirme á mi familia. Durante el viaje me atendió un médico que venía exclusivamente para cuidarme. Llegamos á Buenos Aires el 1.º de Setiembre del año 1869, á las 8 de la mañana. ¡Fecha memorable!

Apenas llegué, Moneta, Del Campo y Polverini me llevaron inmediatamente á casa de mi familia, pero sin yo saberlo, pues había perdido el conocimiento debido á mi estado delicado y á la emoción.

Llegué á casa en circunstancias que mi esposa se levantaba por primera vez, después de cinco días de cama, pues había tenido un ataque á la cabeza debido á que una persona le había dicho que todos los prisioneros del vapor «25 de Mayo» habían muerto. Triste noticia que no pudo soportar, y cayó como fulminada, poniendo en cuidado al médico, pues su estado era gravísimo. Y que coincidencia, ese mismo día que ella caía en cama, yo salía de la Asunción para reunirme á ella.

Como digo antes, llegué á mi casa, ó más bien dicho, llegamos juntos con los que me acompañaban; al llegar á la puerta, bajó primero Moneta, para avisar antes á mi familia; quedé yo en el coche con Polverini y Del Campo.

Ya he mencionado, que al encontrarme Levalle en la Asunción, escribió á mi familia la tan ansiada noticia y de paso prepararlos para recibirme á los pocos días, tratando de evitar así el efecto brusco de mi llegada; pero, como también ya mencioné, esa carta se extravió y sólo llegó á casa después de mi arribo. Así que al llegar Moneta y darle la feliz nueva á mi esposa, de que en la puerta, en un coche estaba yo, fácil es comprender la emoción que le causaría, lo que fué causa de que cayera desmayada.

En este estado, y rodeada de toda la familia, la encontré yo, cuando me llevaron á su lado. Pero, como he dicho antes, era tal mi estado, había llegado á tal extremo mi debilidad é insensibilidad que no la reconocí y ni aun reconocía á nadie. No me

daba cuenta de nada. Ví una señora desmayada y que otras personas trataban de volver en sí, pero miré eso con la mayor indiferencia sin darme cuenta que esa señora desmayada era mi pobre señora y que los que la rodeaban, mi familia.

Inspiró tanta alarma mi estado, que inmediatamente llamaron médicos para que me atendieran. Estos recomendaron como primera prescripción que no se me diera de comer sino gradualmente y esto cuando ellos lo ordenaran. Así que como se indicara se empezara por un caldo sustancioso y liviano, me hicieron hacer caldo de gallina. La sirvienta, que ignoraba que la gallina era únicamente para que diera su sustancia, una vez hecho el caldo lo trajo juntamente con la gallina. Era tal el hambre que yo tenía que verla y avalansarme sobre ella fué cosa de menos de un segundo; olvidé todo lo que me rodeaba y me abracé á la gallina, é inútil fueron todas las indicaciones que me hicieron para que no la fuera á comer porque me haría mal. Rechacé todas las insinuaciones y reflexiones, con una mano alejaba á los que querían quitármela y con la otra llevaba la gallina entera á mi boca, hasta que la devoré. Toda esta escena se desarrolló tal vez en segundos. La consecuencia del pasaje anterior fué causa, como fácilmente se comprenderá, de que cayera enfermo de una gran indigestión que puso en peligro mi vida. Esto fué causa de nuevas aflicciones en mi familia, y no era para menos, pues recién me veían, después de tanto tiempo ausente y de haber pasado tantos peligros y que resultara ahora que estaba al lado de ellos, que me perdieran para siempre.

Durante dos meses quedé como en un letargo, sin recordar nada de lo que me había pasado. Llegó momento en que los médicos desesperaban de poder salvarme. Tuve ocho meses de asistencia médica continua. No obstante, me repuse bastante bien y sólo me quedó una debilidad de estómago por los

sufrimientos del hambre, y unos dolores que son consecuencia de haber dormido tanto tiempo sobre la humedad.

Éstos son los apuntes de mi prisión en el Paraguay, bajo el despotismo del tirano López, y aunque aquí menciono á grandes razgos parte de lo que he pasado, habiendo omitido muchos detalles dolorosos que con estos solos habría para escribir un libro; pero yo me he limitado á hacer una relación en general de mis sufrimientos á fin de que algún día, cuando mis hijos sean hombres, sepan lo que ha padecido su padre, especialmente mi hijo mayor quien, como ya dije, vino al mundo mientras yo estaba prisionero, y aprendan que, mediante la Divina Providencia, he salvado la vida y que tal vez Ésta se compadeció de mí, debido á los ruegos de mi tierno hijito quien todos los días suplicaba á Dios le devolviera su padre, que tan cruelmente había sido arrancado del lado de los suyos.

De este modo he tenido la suerte y felicidad de reunirme á mi familia, que, si no material, moralmente, sufrió tan largo tiempo debido á la incertidumbre de si viviría ó no; y si lo primero ¿dónde estaría? y si volvería ¿cuándo? En fin, circunstancias fáciles de imaginar, debido á sus condiciones y las mías durante tanto tiempo separados.

Todos estos sufrimientos los he soportados con resignación porque han sido en cumplimiento de mi deber hacia mi segunda patria, mi querida patria adoptiva, la República Argentina.

Pido á mi familia que estos apuntes sean publicados después de mi muerte, si creen que merece la pena.

VICENTE CONSTANTINO.
